

## En este número

---

Diez años, para una revista, pueden significar mucho o muy poco. Un lapso así no tiene importancia, desde luego, cuando se trata de publicaciones institucionales, ya sean académicas o no. Por lo general, éstas nacen predestinadas a una larga vida, aunque —si las observamos de cerca— su curso suele interrumpirse acá y allá, para recomenzar de nuevo. En rigor, bajo la apariencia engañosa de un mismo título y una misma forma gráfica —que se modifica a veces, ella también—, lo que hay son diversas revistas que responden a distintas administraciones y a diferentes políticas.

Cuando una revista no nace para expresar la política o la doctrina de una institución, sino que surge del acto de voluntad de un grupo de personas, expresa un proyecto y sólo puede ser juzgada en relación a él. Su desarrollo es, en sí mismo, la realización del proyecto; si se habla de la revista, es del proyecto de lo que se está hablando. Entonces el tiempo de existencia de la revista asume otra significación, puesto que es —sin ninguna mediación— la historia del proyecto que la motivó.

*Cuadernos Políticos* surgió hace diez años como el proyecto de una revista marxista independiente. Independiente respecto al Estado, desde luego, pero también respecto a los partidos; por sobre todo, independiente de las corrientes de opinión que, desde dentro de la izquierda, pretendían convertir al marxismo en dogma estrecho y sectario o —peor aún— descaracterizarlo, hasta hacer de él un pensamiento deshuesado e inservible.

Se vivía, entonces, un momento particular en la vida de América Latina. La escalada de los golpes militares, iniciada en Brasil en 1964, llegará a su punto culminante el año anterior a la fundación de *Cuadernos Políticos*, con el derrocamiento del gobierno chileno de la Unidad Popular, y se extenderá todavía durante un par de años. Los movimientos populares sufrían derrotas sucesivas, país por país, y su curva iba en nítido descenso, tendencia que sólo se revertiría a partir de 1977. El clima de zozobra que esto creaba no podía dejar de reflejarse en la izquierda latinoamericana, que se polarizaba entre aquellos cuyo desánimo los llevaba a preconizar un supuesto realismo, a veces rayano en la capitulación, y los que optaban por la más tozuda cerrazón ante las lecciones de la vida y tomaban como tabla de salvación una ortodoxia mal comprendida.

Fue en México donde esa situación se presentó con mayor fuerza. Aquí llegaban, a diario, los exiliados políticos, trayendo consigo sus experiencias y sus reflexiones, así como, frecuentemente, su miedo y sus rencillas internas. Esto sucedía en un país que —a diferencia del Cono Sur— se recobraba del impacto de 1968 y donde la izquierda forjaba los medios para reencauzar su actividad —en las universidades, en los medios de comunicación y luego en las organizaciones políticas— al tiempo que el movimiento popular se levantaba de nuevo, bajo el aliento de la insurgencia sindical. Es natural que la actividad intelectual fuera intensa y que las iniciativas en ese plano se multiplicaran.

El proyecto de *Cuadernos Políticos* se formuló en ese contexto. Su eje era —asumiendo el marxismo como espacio de trabajo— promover una reflexión amplia sobre las problemáticas latinoamericana y mexicana, sin perder de vista el marco mundial que las sobredetermina. La selección de los materiales debía orientarse hacia la captación de textos producidos expresamente para la revista, pero abarcando también aquellos trabajos publicados en otros países que presentaran un interés manifiesto. En sus páginas debían tener cabida la filosofía y la economía, los grandes temas de la política y los menudos percances de la vida cotidiana, las cuestiones reivindicativas y sindicales y los problemas más generales de la ciencia y la cultura. La idea era que nada debe ser extraño al marxismo, cuando éste se entiende no como una doctrina cerrada sino como toma de posición teórica y metodológica hacia el mundo de lo real.

La realización de este proyecto deparó a su Consejo Editorial no pocas dificultades. Dos, particularmente, merecen destacarse, en la medida en que la solución que se les ha dado, en el transcurso de estos diez años, se ha revelado decisiva para lo que es hoy la revista. Se trata de las prioridades temáticas y del estilo de trabajo.

La elección de prioridades para la selección de temas implicó rehuir lo que —en un procedimiento puramente ideológico— se derivaría de la lógica del propio marxismo, y de sus avances e insuficiencias, para optar, en cambio, por las exigencias de la historia viva, del movimiento concreto de lo real. Con eso, se buscaba el acercamiento a las fuerzas sociales y políticas que, desde el seno de nuestros pueblos, luchan por un futuro mejor. Aún así, subsistía un problema: la necesidad de distinguir lo anecdótico y circunstancial —lo periodístico, diría Gide— de lo que realmente era importante, según el consenso del Consejo Editorial.

Una revisión sumaria de nuestras prioridades temáticas revela una cierta preponderancia de algunas cuestiones: la economía capitalista en general, con un énfasis alternativo en los países centrales y en los países periféricos, la sociología latinoamericana, desde los estudios de caso

hasta las generalizaciones teóricas; los problemas de la filosofía y la historiografía marxista; la educación; la salud; la demografía; las diversas estrategias políticas y militares de los partidos y movimientos en América Latina; las difíciles relaciones entre cultura y revolución; el debate mundial, pero también específicamente latinoamericano, sobre la naturaleza del Estado; las distintas posiciones, dentro de la izquierda, sobre el papel y la cultura del campesinado, así como —desde luego— sobre las transformaciones de la agricultura en nuestros países; además, estuvimos al tanto de las adecuaciones que el capitalismo vino haciendo en estos años respecto a sus estrategias no sólo política, económica y militar, sino también en el lugar de trabajo; desde luego, en los últimos años, dimos amplia cabida a un factor imprevisible hace una década: la lucha de los pueblos centroamericanos; y en cuanto a México, no sólo quisimos reproducir en nuestras páginas los principales debates de la izquierda, sino que también procuramos alentar la producción de aquellos materiales económicos —sociológicos, historiográficos, culturales, económicos, políticos, etcétera— capaces de trazar las líneas reales, sumamente disímiles, de un país de América Latina que a veces parece, por sus problemas, englobar a los demás.

Que nadie se llame a engaño: la enumeración anterior no constituye una lista de aciertos, sino de tentativas. Cualquier lector atento a esta enumeración podrá señalar omisiones importantes, así como aciertos sólo relativos.

Sin lugar a dudas, los integrantes del heterogéneo Consejo Editorial de *Cuadernos Políticos* pensamos que uno de los mejores frutos de estos diez años de trabajo es el haber percibido que hoy día, en América Latina, el marxismo ya no puede limitarse a preconizar tan sólo la alternativa del socialismo como forma superior de organización económica —como aconteció en el periodo de la hegemonía stalinista—, sino que debe ligarla estrechamente a la cuestión de la democracia, en su sentido más amplio. Esto —que se frustró trágicamente en el Chile de Salvador Allende, dejando empero una herencia cuyo significado estamos lejos todavía de haber entendido en toda su riqueza— ha vuelto a replantearse en Nicaragua y constituye el problema por excelencia que la lucha triunfante sobre las dictaduras militares del Cono Sur ha puesto sobre la mesa. En México, desde luego, éste es el gran y elusivo tema que se enfrenta desde el 68.

La búsqueda de un modo correcto de realizar el proyecto de la revista —nuestra pequeña historia de aciertos y errores; de tentativas— ha sido vivido cada semana por el Consejo Editorial, y nos ha dejado claro que un proyecto de este tipo implica un aprendizaje, arduo pero fructífero, respecto a la democracia interna, la práctica del pluralismo y el respeto mutuo: intelectual y personal. Ésta, la segunda dificultad que mencionábamos más arriba, la hemos

resuelto bastante felizmente. En las reuniones semanales, se establecieron poco a poco ciertas reglas del juego que permitieron por un lado la experiencia de la libertad y la diversidad que el marxismo propicia y, por el otro, el fijarle a esa experiencia los límites sin los cuales se puede naufragar en el relativismo teórico y la permisividad política. El que cuatro miembros del primitivo Consejo hayan llegado hasta hoy, y que cuatro más se hayan integrado a esa línea de trabajo, fortaleciéndola y enriqueciéndola, no deja de ser gratificante.

El proyecto de *Cuadernos Políticos*, en suma, corresponde a un momento del desarrollo teórico y político de México, de América Latina y del marxismo. Este momento se caracteriza por la fragmentación de la izquierda y por la necesidad de elaborar respuestas tanto a nuevos como a viejos problemas. Suponemos que el mérito mayor de la revista, a lo largo del tiempo, consiste en haber sabido sobreponerse a esa fragmentación y en demostrar que las diferencias no impiden que las respuestas se busquen mediante el diálogo fraterno y la práctica solidaria. Es posible —es deseable— que, en diez años más vivamos todos una situación cualitativamente superior a la que tenemos hoy y que *Cuadernos Políticos*, entre otros órganos de la izquierda, sea entonces la expresión de los nuevos tiempos que el presente parece estar gestando y hacia los cuales esta revista siempre ha estado orientada.

*El Consejo Editorial*